

LAS PERSPECTIVAS DE LA ECONOMÍA MEXICANA *

ROLANDO CORDERA CAMPOS **
ENRIQUE GONZÁLEZ TIBURCIO ***

INTRODUCCIÓN

La década de los ochenta ha sido dominada por la crisis económica, pero también ha contemplado transformaciones profundas cuyas tendencias, de hecho, se expresaron en la década anterior. Entre estos cambios se pueden señalar, en el plano de la estrategia del desarrollo planteada por el Estado y los grupos dominantes, el distinto papel que se asigna a las relaciones entre el sector público y el privado y, en el terreno productivo, la emergencia de una economía exportadora no petrolera que ha propiciado una dinámica económica diferente en términos espaciales y sectoriales. Todo ello, en un nuevo esquema en las modalidades de relación productiva y financiera del país con el resto del mundo.

La década que está por terminar recoge una aguda caída de los indicadores económicos fundamentales, pero sobre todo el colapso definitivo del patrón de acumulación vigente durante las últimas décadas. Junto a los estertores del agotado modelo de crecimiento, se ha empezado a perfilar el tránsito hacia una nueva forma de acumulación, que todavía no ha logrado enraizar del todo en la estructura económica y en el espacio nacional. Esta nueva modalidad transforma la

* Agradecemos a Raúl Armando Legaspi M. su apoyo en la elaboración de este trabajo.

** Profesor de la Facultad de Economía de la UNAM.

*** Profesor de la Maestría en Docencia Económica de la Unidad de Posgrado del CCH-UNAM.

realización del excedente social con tasas de rentabilidad que premian la producción orientada hacia el mercado mundial y mantiene deprimidos a los sectores y regiones vinculados al mercado interno. Como es claro, esta fase del tránsito es dominada por la recesión y le plantea a la transición un desafío formidable en lo tocante a la reestructuración del conjunto productivo nacional. De no tener lugar esta reestructuración, la perspectiva seguirá siendo recesiva, de crecimiento lento e inestable y de ampliación de diferencias entre clases, sectores y regiones.

La precipitación de los cambios económicos ocurridos no pueden verse sólo como resultado de la política de ajuste y de estabilización adoptada, sino fundamentalmente como parte de un proceso más amplio de transformación de las relaciones que han conformado las bases de operación del sistema en más de cincuenta años.¹ Dicho de otro modo, la situación actual de la economía mexicana —y sus perspectivas— debe ser vista, efectivamente, como resultado de la llamada crisis de la deuda externa, que precipitó y predeterminó transformaciones importantes de largo alcance, pero siempre asociadas al quiebre del modelo sustitutivo de importaciones.

Este ensayo está organizado en tres partes: en la primera, tratamos de contestar a la interrogante de dónde estamos en términos de nuestras capacidades productivas, sociales y macroeconómicas. En el segundo apartado se analizan algunas implicaciones cuantitativas de requerimientos financieros, materiales y de bienestar social que surgen de crecer al doble de la tasa poblacional, poniendo como centro —en uno de los escenarios— las necesidades sociales hacia el año dos mil. Por último, se incluye un conjunto de consideraciones sobre algunas de las grandes decisiones cualitativas de política económica que tendrán que formar parte de la agenda nacional en los años por venir.

I. ¿DÓNDE ESTÁ EL PAÍS?

Las últimas dos décadas se han caracterizado por una gran fluctuación

¹ Par ejemplificar lo anterior sencillamente analicemos la situación del empleo: desde 1981 el sector moderno de la economía ha permanecido prácticamente estancado limitando con ello su capacidad de creación de empleos en todos estos años. Sin exculpar a la política económica aplicada, este problema ya existía antes de la crisis de la deuda externa de 1982. De hecho, a pesar de un desempeño muy exitoso, en términos de crecimientos en las décadas pasadas, para principios de los setenta las tendencias mostraban ya una estructura ocupacional caracterizada por un alto grado de subempleo.

cíclica en las principales variables macroeconómicas. A periodos de auge cada vez más cortos han correspondido situaciones críticas cada vez más amplias y generalizadas. La década del setenta registró fluctuaciones en la producción que la ubicaron por debajo de su crecimiento histórico en 1971 (3.4%), 1975 (4.1%), 1976 (2.1%) y 1977 (3.3%). Al mismo tiempo los desequilibrios fiscal y externo fueron cada vez más elevados y difíciles de compatibilizar con una trayectoria de crecimiento sostenido. La tasa de inflación promedio fue mayor al 15%, cifra superior a la padecida en cualquier año desde 1940. A partir de 1981, este panorama no hizo más que agravarse.

Al iniciarse 1989 resulta evidente que la economía no ha podido recuperar la trayectoria de crecimiento observada en el periodo 1933-1981. Entre 1982 y 1988 la producción nacional ha permanecido prácticamente estancada y el descenso en el producto por habitante significa que los mexicanos tendremos, en promedio, un nivel de bienestar inferior en un 15% al existente en el inicio de la presente década. Sin embargo, lo que la política de ajuste adoptada generó en el ánimo y en la naturaleza de los agentes sociales fue mucho más que el simple descenso y deterioro en la calidad de vida y en las condiciones materiales de la producción. Lo que se deteriora después de 1982 son, sobre todo, las expectativas de una mejora económica y social que los gobiernos de la revolución habían logrado mantener —y capitalizar— como uno de los mejores legados de la Revolución Mexicana.²

En particular, hay que mencionar que este proceso de decaimiento refleja, y agrava a la vez, un deterioro acentuado en el patrón institucional que hace posible la circulación y utilización productiva del excedente. La llamada crisis de la deuda de principios de los ochenta, significó para nuestro país la modificación violenta de su pauta histórica de financiamiento del desarrollo. Junto a la imposibilidad de financiamiento externo abundante —como en el *boom* petrolero— en estos años los recursos provenientes del petróleo, aunque importantes, estuvieron sometidos a las contingencias del mercado mundial de hidrocarburos. Incluso hacia el futuro la opción de transformar a la economía mexicana sobre la base de los recursos petroleros, no parece ser una posibilidad real.³ La astringencia de recursos externos,

² De más está decir que para muchos grupos sociales y regiones del país, esta aspiración se concretó en mejoras en los niveles de vida.

³ Como señala Víctor L. Urquidi, "...la oportunidad de transformar la economía y la sociedad mexicanas mediante los hidrocarburos ha pasado ya a la historia. De aquí en adelante

así, precipitó muchas transformaciones en las relaciones entre los sectores domésticos de la economía y entre ellos y la economía mundial.

CUADRO 1

<i>Marco macroeconómico</i>	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988 ¹
PIB (var. real %)	— 0.6	— 4.2	3.6	2.6	— 4.0	1.4	1.1
PIB per cápita (%)	— 2.9	— 6.3	1.4	0.4	— 5.9	— 0.6	— 0.5
Inflación (var. % Dic.-Dic.)	98.2	80.8	59.2	63.7	105.8	159.2	51.7
Déficit operacional (% del PIB)	5.5	— 1.1	0.0	0.1	1.9	— 1.4	2.º
Salario mínimo (Var. real %)	— 11.2	— 15.4	— 1.1	— 6.1	— 8.8	— 6.2	— 11.6
Exp. no petrolera (% del total Exp.)	22.0	28.0	32.0	31.0	65.0	57.0	70.0

¹ Preliminar.

* FUENTE: Elaborado con datos de SPP, de la SHCP, del Banco de México y de la CEPAL

La dinámica del crecimiento en México en el último medio siglo estuvo determinada por el proceso de expansión del Estado en la economía. Como señala Ruiz Durán: “Esta situación procedía de situaciones objetivas en donde la demanda del sector público actuaba con un gran efecto multiplicador sobre la economía del sector privado, impulsando la utilización de la capacidad instalada y abriendo nuevos campos para su expansión” (Ruiz Durán “La transición hacia un nuevo modelo de desarrollo”. *Investigación Económica*, núm. 183, pp. 125, 1988).

Esta complementariedad estructural-histórica se fue agotando al paso

no será sino uno de los muchos elementos —entre ellos la educación, el desarrollo tecnológico autónomo, la capacidad empresarial, la eficiencia del sector público, la selección de prioridades estratégicas para las inversiones pública y privada, la utilización del potencial agropecuario, etcétera— que permitan reanudar el desarrollo y mejorar el nivel de vida, objetivo que siempre ha estado vigente, pero que todavía no se cumple” (Víctor L. Urquidi “El petróleo a fines de siglo”, *Comercio Exterior*, vol. 38, núm. 11, México, noviembre de 1988, pp. 998).

del tiempo. Para principios de los años setenta, la capacidad de sustitución de importaciones de la economía no atinaba a abrir nuevos y necesarios espacios al proceso de desarrollo interno, ni lograba integrar al aparato productivo en forma eficiente; los efectos multiplicadores del gasto público empezaron a disminuir. La inversión generaba capacidades productivas pero no lograba inducir la demanda interna necesaria. De esta manera, la inversión se autoderrotaba y los desequilibrios estructurales se amplificaban, trayendo nuevos efectos desequilibradores en las finanzas públicas y en las cuentas externas.

Así, la complementariedad productiva entre el sector privado y el sector público encontró cada vez mayores escollos. ¿Por qué —podrían haberse preguntado los agentes centrales del proceso económico— financiar un gasto público cada vez más deficitario si el efecto multiplicador filtra crecientemente sus impactos hacia el exterior, reduciendo el espacio de los agentes internos? Se trata de una cuestión hipotética, sobre todo en un país con una carga fiscal real tan baja; pero el hecho es que desde 1982, la política económica ha buscado un sustituto al papel dinamizador del Estado, abriendo mayores espacios al sector privado para que éste sea finalmente el que dinamice a la economía. Este cambio ha tenido importantes costos productivos y sociales en la transición, porque implicó alterar un complejo cúmulo de interrelaciones internas y de complementariedades históricas. Por lo demás, todavía está por verse si aquella complementariedad puede ser relevada por una virtual “indiferencia” en materia de inversión entre los sectores.

La búsqueda de estos “relevos” en los motores del crecimiento pretende una readecuación en el tamaño del Estado, pero por lo pronto ha causado una importante pérdida en el dinamismo de la economía, ya que la respuesta del sector privado ha sido en el mejor de los casos débil e incierta. Para darle contenido a los adjetivos señalados es suficiente con observar lo que ha pasado con la inversión pública y privada entre 1982 y 1989: de 1982 a 1985 su comportamiento continúa siendo procíclico, esto es, cuando la inversión pública desciende (1982-1983) también lo hace la inversión privada; lo mismo sucede para los años 1984-1985 sólo que en términos positivos. Un nuevo comportamiento se vislumbra entre 1986-1989: en tanto la inversión pública reduce su crecimiento, la privada inicia una trayectoria ligeramente moderada pero positiva en su desenvolvimiento. Sin embargo, no podemos señalar todavía, en forma concluyente, que el sector privado haya

tomado la estafeta de dinamizador de la economía mexicana,⁴ mucho menos que su dinámica pueda desentenderse, positivamente, de la inversión pública.

CUADRO 2. *Inversión*
(crecimiento real)

	1983	1984	1985	1986	1987	1988 ¹	1989 ²
Inversión total	— 28.3	6.4	8.1	— 12.0	— 0.7	— 1.5	3.3
Pública	— 36.0	4.1	— 0.7	— 13.0	— 5.9	— 6.9	— 5.2
Privada	— 22.1	7.9	13.7	— 11.5	2.1	1.2	7.2

¹ Estimado.

² Proyectado.

FUENTE: *Criterios de política económica para 1989*.

En todo caso, la fuerte reestructuración a que ha sido sometido el sector público no significa necesariamente que el mismo se haya desmantelado o debilitado, ya que se mantiene e incrementa la importancia de las empresas públicas no petroleras en el sector exportador: al mismo tiempo que Pemex —por ejemplo— mantiene un papel fundamental en la generación de divisas así como en las finanzas públicas en razón de los ingresos que aporta.

La situación macroeconómica (balanza de pagos y finanzas públicas)

Sin la intención de repetir aquí las acciones de política macroeconómica del sexenio,⁵ se hace necesario plantear una breve revisión de los problemas internos y externos por los que atravesó la economía nacional en el pasado reciente.

La transferencia negativa de recursos ha sido el problema fundamental que caracterizó a los flujos de la economía mexicana en este

⁴ Para 1989 la apuesta para la recuperación productiva sigue estando fincada en el impulso privado y el crecimiento exportador.

⁵ Véase R. Córdera Campos y E. González Tiburcio, "Crisis y política económica: saldos productivos y sociales". Mimeo. México, 1988.

periodo. El nivel de endeudamiento externo (superior a los 85 mil millones de dólares en 1982), un deterioro sin precedente en los términos de intercambio y la inaudita elevación de las tasas de interés internacionales, provocaron una transferencia bruta de recursos superior a los setenta mil millones de dólares entre 1982 y 1988. Simplemente considerando el pago de intereses, el país tuvo que hacer frente a una salida de alrededor de diez mil millones de dólares anuales, lo que implicó, en promedio, una transferencia neta negativa externa equivalente al 6.7% del PIB.

El consecuente proceso de ajuste interno provocó una disminución del gasto doméstico en consumo e inversión, y como contraparte un importante ahorro interno en una situación global de estancamiento productivo. Tomando dos años extremos —entre el fin del crecimiento y la recesión productiva—, en 1981 la tasa de ahorro interno del país equivalía casi a una cuarta parte del PIB (el ahorro interno representaba el 24% del PIB). En este año el país alcanza una de las tasas más elevadas de formación bruta de capital en una proporción de 30% como porcentaje del PIB. La diferencia de 6% entre el ahorro interno y la inversión fue proporcionada por recursos externos, que el país adquirió en el mercado mundial. Era una inversión creciente como porcentaje de una producción igualmente creciente. En contraste, para 1988, en una situación de estancamiento productivo, el país mantenía prácticamente el mismo nivel de ahorro interno como porcentaje del PIB, pero ahora sin recibir el flujo positivo del 6% sino todo lo contrario; teniendo que transferir casi un 7% del PIB hacia el exterior. Si consideramos un 22% de ahorro interno como porcentaje de la producción y descontamos la transferencia externa de casi siete puntos del PIB es fácil explicar los abruptos descensos en la tasa de formación bruta de capital que para ese año de 1988 se ubicó en alrededor de 15% del PIB. Una inversión menor para una producción interna estancada.

Esta exportación de recursos significó para el país, además de una menor inversión productiva y social, transformaciones relevantes en la estructura de las finanzas públicas pero sobre todo en las cuentas externas. El pago de 6.7% del PIB sustentado por el ahorro interno tuvo que ser transformado en divisas y ello se logró a través de una estrategia destinada a obtener excedentes en la balanza comercial del país a lo largo de estos años. Casi 56 mil millones de dólares se obtuvieron de 1982 a 1988 por este concepto. La cifra más elevada —en un periodo tan corto —en la historia del país.

El objetivo de cumplir escrupulosamente con la política de deuda externa requirió toda una nueva estrategia en la promoción de las exportaciones no petroleras. Esta estrategia significó una nueva política de comercio exterior fundamentada en nuevos esquemas de promoción de exportaciones (el programa de importación temporal para la exportación —Pitex— y abundante y expedito financiamiento del Banco Nacional de Comercio Exterior).

Los resultados vistos simplemente a través de los datos indicarían un éxito considerable en esta materia: para 1981 las exportaciones no petroleras sólo alcanzaban 4 846 millones de dólares; lo que representaba el 25% del total de los ingresos por exportación; para 1988 las exportaciones no petroleras fueron superiores a los 13 858 millones de dólares, en tanto que la exportación total fue de 19 636 millones de dólares, lo que significa un peso de las no petroleras de 70% en el ingreso total de exportación para 1988.

En el caso de las importaciones también la reducción ha sido impresionante; de casi 24 mil millones de dólares en 1981 éstas descendieron para 1987 a poco más de 12 mil millones. Una reducción de casi un 50%. Sin embargo, para 1988, como resultado de la estrategia deflacionaria del PSE —que prácticamente liberalizó todo el comercio exterior, acompañada de un tipo de cambio fijo—, las importaciones totales del país registraron un sorprendente salto de más seis mil millones de dólares, situándose en 18 579 millones. Un curioso y preocupante incremento de la importación con recesión productiva.

Visto en estos términos, la estrategia basada en una nueva vinculación productiva con el exterior estaría generando exitosos resultados. En particular, podría decirse que en el caso de las exportaciones se reducen los riesgos de la monoexportación petrolera. Sin embargo, pensando en una perspectiva de largo plazo habría que preguntarse si los factores que hicieron posible llegar a esta situación son factibles de mantenerse en un contexto de crecimiento más o menos sostenido de la economía.

No parece creíble, por ejemplo, sostener el mismo dinamismo exportador no petrolero, ya que los tres factores que permitieron su éxito difícilmente pueden volver a darse juntos en adelante. El incremento de la exportación no petrolera fue posible por: *a*) una capacidad ociosa existente, producto de la recesión, que se orientó hacia el sector externo, sin un aumento significativo de nuevas inversiones; *b*) el tipo de cambio permanentemente subvaluado entre un 20-25%, que

permitió una ventaja competitiva vía precios y, por último, *c*) el deterioro salarial que generó una reducción en el poder adquisitivo de alrededor del 50%. Esta estrategia tuvo costos inflacionarios, sociales y políticos. Sin embargo, lo importante de esta situación es que la permanencia o la utilización de estos factores choca con un futuro de estabilidad y crecimiento.

CUADRO 3. *Sector Externo*
(millones de dólares)

	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988 ¹
Saldo de la Cta. corriente	— 6 221	5 418	4 239	1 237	— 1 673	3 881	— 3 158
Balanza comercial	6 793	13 671	12 942	8 452	4 599	8 433	1 056
Exportaciones	21 230	22 312	24 196	21 664	16 031	20 656	19 636
Importaciones	14 437	8 551	11 254	13 212	11 432	12 223	18 580

¹ Preliminar

FUENTE: Elaborado con datos de SPP, de la SHCP, del Banco de México y de la CEPAL.

Por otro lado, la contracción de las importaciones podría llevarnos a la falsa conclusión de que el coeficiente de sustitución de importaciones se ha reducido. Todo parece indicar que no es así. El estancamiento productivo del periodo 1982-1988 ha significado una contracción de la economía y principalmente de la inversión generando una reducción más que proporcional de las importaciones ante el descenso de la producción interna. Como ha señalado René Villarreal: "...para los bienes de capital el índice de sustitución de importaciones refleja un aparente avance al pasar de 50.7 a 37.1% en el periodo. Esto significa que las importaciones de bienes a su oferta total (producción interna más importaciones) se ha reducido sólo al 37%. Sin embargo, la producción de bienes de capital en 1986 era de 34 703 millones de pesos (a precios de 1970), casi 30% inferior al nivel alcanzado en 1981 (49 161). En otras palabras, las importaciones de bienes de capital han decrecido durante el periodo, no porque hayan sido sustituidas por mayor producción interna pues ésta también bajó, pero las importaciones lo hicieron en mayor proporción producto de la contrac-

ción de la inversión en la economía” (*México 2010. De la industrialización tardía a la reestructuración industrial*, Ed. Diana, 1988, p. 255).

La importante acumulación de reservas internacionales del país tuvo como uno de sus determinantes fundamentales el saldo favorable de la balanza comercial. Entre 1982 y 1988 éste alcanzó la cifra de 56 mil millones de dólares, lo que permitió servir los pagos externos. El acervo de divisas superior a los 16 mil millones alcanzado en 1988 sirvió como elemento fundamental en el éxito deflacionario del PSE. Este importante activo financiero costó deterioros en la base productiva y en el bienestar social, pero constituye todavía —dependiendo de su uso— un factor clave tanto para la renegociación externa que se avecina como para afianzar, en el corto plazo, el tránsito hacia la estabilidad con crecimiento.

Un balance preliminar del comportamiento del sector externo nos indicaría que efectivamente existen nuevos trazos y tendencias; sin embargo, parece dudoso que el comportamiento superavitario se mantenga cuando la demanda interna se recupere. Adicionalmente, en ausencia de una efectiva y discrecional política de industrialización, los factores que hicieron posible estos éxitos no podrán volver a ejercer sus mismos efectos dinamizadores (capacidad instalada ociosa, subvaluación del tipo de cambio y mayor deterioro salarial).

El cambio institucional más importante en el sector externo fue la apertura y liberalización comerciales. Para 1988 el 97% de las fracciones no requería permiso previo para su importación. El promedio aritmético del arancel era del 10% *ad-valorem*; el arancel máximo de 20%, con cinco niveles arancelarios (0, 5, 10, 15, y 20) (véase cuadro 4).⁶

Este cambio estructural en la protección del aparato productivo buscó elevar su eficiencia e intentó corregir las distorsiones que el mismo esquema proteccionista había provocado. La nueva estrategia aumentó la participación de los bienes comercializables internacionalmente, tratando de generar una estructura de oferta que respondiese a una inserción dinámica en el contexto internacional. Sin embargo, algunos de los riesgos de una liberalización apresurada y poco diferencial la tuvimos en el año de 1988, con el PSE. Dentro de él, a la política comercial de racionalización de la protección —que debiera

⁶ Con la instrumentación del Pacto para la Estabilidad y el Crecimiento Económico y los graves efectos en términos de importación del PSE, se incluyó un arancel mínimo del 10% para 1989.

CUADRO 4. *Estructura arancelaria de la tarifa del impuesto general de importación (TIGI) 1988*

<i>Niveles arancelarios</i>	<i>1988</i>
Total	8 467
Exentos	1 376
5 por ciento	2 557
10 por ciento	876
15 por ciento	2 247
20 por ciento	1 411

FUENTE: Dirección General de Aranceles. Subsecretaría de Comercio Exterior, SECOFI, marzo de 1988.

tener como objetivo establecer una protección óptima, temporal y selectiva a la planta productiva nacional— se le asignó el papel de contenedor inflacionario. El resultado fue un incremento de las importaciones en más de seis mil millones de dólares, pero sin crecimiento económico. El descenso en el saldo de la balanza comercial fue el más brusco desde 1982 y es claro que plantea complicaciones adicionales a la política de corto plazo del PECE.

Estos cambios institucional-estructurales forman parte del reacomodo que México busca en la economía internacional. Esta conflictiva situación pone en la agenda de las grandes decisiones nacionales ya no la vieja querrela sobre si liberalizarse o no, sino cómo actuar y revisar la apertura externa existente buscando el mejor provecho nacional.

El saneamiento de las finanzas públicas fue otro propósito de la política macroeconómica. La estructura de los gastos públicos sufre fuertes modificaciones en los años de crisis. Antes de 1982, la mayor parte de los egresos públicos tenía como destino los servicios personales, la infraestructura productiva y social, así como los subsidios y transferencias. Este conjunto de gastos conforman lo que se denomina “gasto programable”. Desde 1982 hasta 1988 su participación en el total del presupuesto disminuye hasta alcanzar menos del 40% para 1988 (en 1981 representaba el 70%). Lo que pierde el gasto en “desa-

rrollo” lo gana el servicio de la deuda pública interna y externa. Para 1988, más de un 60% se destinó al pago del servicio de la deuda pública (45% para la interna y 15% para la externa).

Puede decirse que el peso que pierde el gasto programable lo gana la economía “financiera” a través del pago del servicio de la deuda. La opresión financiera que pesa sobre las finanzas públicas ha impedido que se recojan los frutos del importante ajuste fiscal de estos años; aún más, esta situación ha convertido a las finanzas públicas en receptora de recursos (extraídos de la esfera productiva) que se transfieren a los grupos externos e internos vinculados a la fuerte especulación financiera.

La circulación de este importante excedente financiero tiene nuevas instituciones y circuitos en torno a las casas de bolsa y sociedades de inversión, así como de una banca nacionalizada que ha pasado a ser de propiedad mixta. Ambos circuitos comparten la totalidad de la captación de los recursos internos, en una permuta desfavorable para esta última. Estos cambios, junto con los ocurridos en la economía exportadora, empiezan a perfilar un nuevo bloque que controla el excedente y cuya originalidad no radica tanto en la presencia de nuevas figuras, aunque también ello ocurra, sino en el cambio cualitativo de las formas de control que explican esa hegemonía y las condiciones de reproducción de la acumulación que con ello se conforma. Dicho bloque aparece claramente delineado gracias al extraordinario grado de concentración alcanzado por la economía nacional en estos años (véase Garrido y Quintana, “Crisis del patrón de acumulación y modernización conservadora del capitalismo en México”, *Empresarios y Estado en América Latina*, 1988, México).⁷

Para el futuro inmediato, el saneamiento de las finanzas públicas constituye un importante apoyo en las tareas deflacionaria y estabilizadora de la macroeconomía de corto plazo. Buena parte de los supe-

⁷ Es así que del lado de los capitales nacionales encontramos como figuras fundamentales a unos grandes grupos económicos (veinte) que concentran en sus manos las principales exportaciones dentro de cinco ramas, controlan además los dividendos de la deuda pública interna y son los grandes operadores de bolsa tanto en términos de compra y venta como en cuanto a su participación directa en múltiples casas de bolsa. Por ejemplo el grupo industrial Alfa —el más importante del país— que entra en quiebra en 1982, tiene que desplazar de sus consejos de administración a los miembros de la familia Garza, que eran los tradicionales propietarios para darle entrada a prominentes figuras de las casas de bolsa como Antonio Madero Gracho, Claudio X. González, Ernesto Fernández Hurtado y el propio Agustín F. Legorreta (véase Garrido y Quintana, *op. cit.*).

rávít (primario y operacional) de 1987 sirvieron para mantener fijos los precios y tarifas del sector público, apoyando la reducción inflacionaria de 1988 (véase cuadro 1).

El manejo y los resultados obtenidos en las finanzas públicas indican un enorme esfuerzo en su "saneamiento", mismo que a pesar de los crecientes superávít no se ha podido traducir en acciones fiscales que apoyen la generación de capacidades productivas con ampliación de la infraestructura social por habitante; el reto es pasar de una finanza pública estructurada para la estabilización a otra que, además, tenga como eje la promoción del crecimiento. La enorme carga financiera del servicio de la deuda pública y la orientación que le impone a los destinos del gasto, han deteriorado ya no digamos su capacidad como promotor del crecimiento sino también su papel de vigilante de las condiciones de bienestar social de grupos mayoritarios de la población.

Condiciones productivas y sociales

La década del noventa encontrará condiciones muy diferentes a aquellas en las que se puso en marcha la estrategia de reordenación económica y cambio estructural. La situación se resume en un grave estancamiento de la producción y un deterioro en las condiciones físicas del aparato productivo que ponen en entredicho las potencialidades del crecimiento futuro, considerando el deterioro relativo que ha experimentado la tasa de acumulación. Por el lado de las condiciones sociales los indicadores que se manejan también expresan una profundización de la pobreza y una deuda social sin precedentes en los últimos años.

Como es conocido, la evolución actual y futura de la capacidad productiva está determinada básicamente por los niveles de inversión neta. El proceso de ajuste y sustitución aparente a que han estado sometidas las importaciones mexicanas se ha traducido en una reducción de las compras externas de maquinaria y equipo. La reducción del coeficiente de inversión mejoró en el corto plazo las cuentas comerciales del país; sin embargo, esta política recesiva tendrá efectos depresivos sobre el crecimiento futuro, al afectar la capacidad de oferta hacia adelante (el producto potencial). De esta manera, para el futuro las cuentas externas se pueden ver afectadas negativamente —en ausen-

cia de una real política de sustitución de importaciones— tanto para una estrategia exportadora como para otra apoyada en el mercado interno.

La economía mexicana durante el periodo 1983-1988 se ha caracterizado por la ausencia de crecimiento del producto interno bruto. De acuerdo con datos de las cuentas nacionales, el empleo ha crecido a una tasa prácticamente nula durante el periodo, muy inferior al aumento de la población económicamente activa. A precios de 1980, la relación de inversión a producto ha sido sólo de 16.7% en promedio, muy por debajo del 21.4% en 1971-1976 y del 22.9% en 1977-1982 (véase cuadro 9).

En estas circunstancias surge la pregunta de si la economía podrá crecer y seguir sirviendo su deuda externa. Si bien es cierto que el acervo de capital ha continuado incrementándose en los últimos años, esto es, no se ha registrado una desacumulación absoluta, los resultados en el ámbito de la inversión productiva pueden calificarse de preocupantes, sobre todo si consideramos que ante el aumento de la población, nuestras capacidades productivas se reducen. A menos que se piense en una estrategia de considerable aumento en las productividades de los factores, todo indicaría que la crisis se ha traducido por el lado de la acumulación en una economía que en términos relativos se encoge progresivamente.⁸ Así, para 1988, el nivel del PIB era inferior al de 1981 y la inversión por habitante era similar a la de 1970 mientras que el consumo por persona era equivalente al de 1977.

Las presiones sobre la capacidad productiva instalada se complican cuando observamos la posible dinámica y estructura demográfica que tendrá que enfrentar el país hacia el año 2000. Según Saúl Trejo, durante un periodo aproximado que va de 1950 a principios de los setenta, el crecimiento demográfico rebasó al de la población económicamente activa; después de 1976 se invirtieron los papeles: en toda la década del ochenta la PEA total crece a tasas superiores (2.6%) a las del crecimiento poblacional (2.2%). Estas tendencias demográficas de largo plazo, pronosticables desde finales de los sesenta, hicieron crisis durante la década del setenta, al mismo tiempo que el modelo sustitu-

⁸ El problema se agrava si consideramos a la formación bruta de capital fijo en sus componentes; *grosso modo* este rubro incluye la construcción residencial y no residencial, el equipo de transportes y la adquisición de maquinaria. En los últimos años, la participación de la maquinaria y el equipo descendió de niveles cercanos al 10% del PIB a menos del 6% entre 1982 y 1987. Esto considerando un PIB menor y una inversión igualmente reducida.

tivo de importaciones llegaba a un callejón sin salida. A lo complicado de la situación se agrega la casi nula generación de empleos entre 1982 y 1988.

La presión sobre el futuro se acrecienta cuando se proyecta que todavía durante los próximos 12 o 15 años, la PEA crecerá a una tasa superior a la de la población total. Esta situación implica considerar a la población como factor clave, tanto por su magnitud y características, como por sus consecuencias para la política de desarrollo (véase cuadro 5).

CUADRO 5. *México: evolución demográfica y PEA, 1980, 1990 y 2000*
(miles de habitantes)

<i>Grupos de edad</i>	<i>Habitantes</i>			<i>PEA</i>		
	<i>1980</i>	<i>1990</i>	<i>2000</i>	<i>1980</i>	<i>1990</i>	<i>2000</i>
0-14	30 809	30 514	28 705	833	908	865
15-64	36 534	52 010	66 513	20 877	29 850	38 950
64 y más	2 312	3 260	4 821	984	1 395	2 056
Total	69 655	85 784	100 039	22 694	32 153	41 871

FUENTE: Para 1980, *IX Censo General de Población*, México, 1985. Para 1990 y 2000, INEGI-CONAPO, *Proyecciones de la población de México y de las entidades federativas 1980-2000*. SFP, México, 1985, y Saúl Trejo Reyes, *Empleo para todos: el reto de los caminos*, FCE, México, 1988.

La situación de ajuste contractivo de la economía mexicana provocó un deterioro de las condiciones de vida de amplios contingentes de la población. Este cuadro recesivo se agrava si se considera que en el auge prevalecían serios rezagos sociales. Acudiendo a un conjunto de medidas que analizan la capacidad económica de la población para satisfacer sus necesidades, se observa la existencia de un deterioro sin precedente en las condiciones salariales, de empleo, de distribución del ingreso y la amplificación de los niveles de pobreza.

Los impactos de la crisis en el mercado de trabajo se pueden sintetizar en tres: pérdida de dinamismo en la creación de empleo —sobre todo el vinculado a las actividades del sector moderno—, deterioro de

la calidad de los empleos generados y reducción de los ingresos del trabajo.

Los efectos recesivos de la crisis agravaron las insuficiencias estructurales de la economía mexicana para generar empleos. En términos del mercado de trabajo, el efecto adverso más destacable de la contracción de la actividad económica es la disminución en el ritmo de creación de empleos en las actividades del sector moderno; este hecho dificultó la absorción productiva de la creciente fuerza de trabajo que anualmente se incorpora al mercado laboral. Se estima en alrededor de 800 mil puestos de trabajo al año —en promedio— el esfuerzo de creación de empleos de la presente década.

Entre 1981 y 1988 la PEA se incrementó en más de 5 millones de personas, mismas que han tenido que engrosar las filas del desempleo abierto, el subempleo y los empleos con una elevada carga de informalidad. Para 1988 el nivel de empleo global permanece estancado en poco más de 20 millones de plazas. Prácticamente las existentes en 1982 al inicio de la crisis.

En el caso de los sectores antes dinámicos, de manera específica la industria manufacturera, prácticamente no ha creado un solo empleo neto en el periodo 1982-1988. En una década en que las tasas de demanda de empleos han sido impresionantes, este sector, tradicionalmente generador de casi el 20% del empleo total, ha permanecido en el estancamiento.

Conviene anotar que el desempleo urbano es más pronunciado en la mano de obra joven, especialmente en las mujeres, y se acentúa en la población con niveles de educación superiores a la básica. Por ello, en el futuro su inserción productiva deberá atenderse en forma prioritaria. Durante 1986 el promedio ponderado de la tasa de desempleo en las 16 áreas urbanas principales del país fue de 4.3%, siendo mayores las que se registraron para la población de 12 a 14 años (6.1%), 15 a 19 (11.9%) y 20 a 24 (7.4%). Para el mismo año se observa que el desempleo en las mujeres jóvenes es más acentuado; 14.5% para aquellas entre 15 y 19 años y 8.3% para las de 20 a 24 años. Por su parte, el desempleo para la población activa con instrucción de nivel secundario fue de 5.6%, para la educación media superior y superior de 4.9%, con primaria completa 3.4%, con primaria incompleta 2.3% y sin instrucción 1.9%.⁹

⁹ Véase ort, "Ajuste con dimensión humana: caso México". Mimeo, 1988.

CUADRO 6. *Tendencia de la población y el empleo.
México, 1981-1988*

	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988
Población (millones)	69.4	72.1	73.1	75.0	76.8	78.6	80.5	82.4
Incremento (%)	2.8	2.7	2.6	2.5	2.3	2.3	2.2	20.1
PEA (millones)	20.7	21.4	22.2	23.0	23.8	24.7	25.6	26.5
Empleo (millones)	20.2	20.4	19.6	20.1	20.6	20.3	20.3	20.3
Desempleo abierto (millones)	-0.5	-1.0	-2.6	-2.9	-3.2	-4.4	-5.3	-6.2
Tasa de desempleo abierto (como % del PEA)	2.4	4.7	11.7	12.6	13.4	17.8	20.7	23.4

FUENTE: Enrique González Tiburcio "Emplearse y desemplearse a fondo", *Nexos*, núm. 133, enero, México, 1989.

Los cambios espaciales que ha traído consigo la depresión del mercado interno, vinculados sobre todo a las grandes áreas urbanas, se expresan en un reacomodo regional, donde nuevas regiones, ya vinculadas o que lo han hecho con rapidez al mercado externo muestran que la recesión productiva no ha sido para nada homogénea dentro del territorio nacional. Lo anterior se expresa con nitidez en el comportamiento regional de las variables ocupacionales. El fenómeno del desempleo abierto es más perceptible en las ciudades de México, Monterrey y Guadalajara; por el contrario, en las ciudades fronterizas del norte se perciben efectos positivos en el empleo, debido, en parte, a la política cambiaria y a los apoyos ofrecidos a la industria maquiladora de exportación. Las tasas de desempleo abierto en cada una de las cuatro ciudades fronterizas en que se aplica la encuesta de hogares son inferiores al promedio ponderado de todas las áreas investigadas por la encuesta. Durante el periodo 1982-1988, la industria maquiladora de exportación amplió sistemáticamente su nómina de trabajadores. En 1982 se empleaban en esta industria 127 mil trabajadores; para 1988 la cifra rebasaba los 300 mil. Esta situación ha provocado carencia de mano de obra —migraciones hacia la zona— y elevación de los salarios nominales para algunas ocupaciones específicas, en contraste con lo que ocurre en casi todo el territorio nacional.

Ante la imposibilidad de obtener un empleo, la respuesta de la población económicamente activa entrante al mercado de trabajo y de los que tuvieron empleo y lo perdieron, ha sido de diversos tipos: probable aumento de la migración —legal e ilegal— a Estados Unidos; incremento considerable de la delincuencia, asociada con el efecto “trabajador desalentado”; incorporación de cada vez más miembros del hogar al mercado de trabajo, y aumento de las actividades marginales, especialmente bajo la forma de trabajo por cuenta propia, alentado por el “empléate a ti mismo”.¹⁰

Ante la pérdida de dinamismo en la creación de empleos en las actividades del sector moderno, se advierten cambios en la estructura ocupacional, caracterizados por la expansión de empleos de baja productividad que desempeñan un papel anticíclico puesto que evitan el aumento de la tasa de desempleo. En la crisis se pierden empleos de elevada productividad y se “ganan” en sectores de baja. La ocupación con características de informalidad y la terciarización del empleo son los rasgos más evidentes de este proceso.

Aunque la información disponible dista de ser suficiente, las evidencias no dejan lugar a dudas acerca de la magnitud de la informalidad. Algunos indicadores pueden ilustrar esta situación. En la década del ochenta el cambio de la estructura del empleo se caracteriza por una mayor participación de las ocupaciones vinculadas a las actividades informales. Entre 1982 y 1987 el trabajador por cuenta propia y el familiar no remunerado, aumentan cinco puntos su participación relativa en el empleo urbano al pasar de 16 a 21%; mientras que el trabajador a sueldo, salario o comisión disminuye siete puntos su aporte a la ocupación urbana; pasa de 81 a 74% en el lapso mencionado (Encuesta Nacional de Empleo Urbano —ENEU— INEGI).

Tabulaciones especiales de la ENEU muestran que, en promedio, durante 1986 del total de la población ocupada en las principales áreas urbanas del país: *a*) un 18% recibió como remuneración por su trabajo un ingreso menor al del salario mínimo vigente; *b*) un 39% no gozaba de ninguna prestación, y *c*) el 16% trabajó una jornada menor de 35 horas por razones de mercado.

En la década del ochenta la insuficiencia de la generación de empleos en el sector formal de la economía y la generación de empleos en el sector informal de la economía y las presiones hacia el desempleo

¹⁰ Véase ORT, “Ajuste con dimensión humana”, *op. cit.*

abierto se ven atenuadas por la existencia y ampliación de las actividades informales. Aquí laboran preponderantemente trabajadores por cuenta propia, trabajadores sin remuneración o pequeñas unidades de producción o servicios que carecen de una relación formal de trabajo y estructuración con el resto de la economía, en donde si bien en la gran mayoría de los casos las personas figuran como ocupadas, de hecho son subempleadas en precarias actividades de refugio frente al riesgo del desempleo abierto.

Los accesos a un mejor nivel de bienestar social también se han visto afectados en el caso de los que tienen empleo. La distribución factorial del ingreso indica que en 1980 la remuneración de asalariados participaba con 36% del ingreso nacional; la última información disponible para 1986 marca un considerable descenso hasta 28%, más de ocho puntos en seis años.

CUADRO 7

	1980	1981	1982	1983	1984	1985	1986
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Remuneraciones de asalariados	36.0	37.5	35.2	29.4	28.7	28.7	28.4
Excedente de operación	47.7	46.5	46.3	51.0	51.9	50.8	49.6
Consumo de capital fijo	8.6	8.5	9.7	12.2	11.3	11.1	13.7
Impuestos indirectos-subsidios	7.7	7.5	8.8	7.4	8.1	9.4	8.3

FUENTE: Sistema de Cuentas Nacionales de México 1980-1986, INEGI, SPP.

El costo del ajuste recayó fundamentalmente en los grupos sociales que derivan su ingreso del mercado de trabajo. Varios factores explican este comportamiento: a) el desborde del proceso inflacionario, que aun en presencia de reajustes salariales implicó un severo deterioro de los salarios reales. Las tasas de inflación fueron muy altas en la economía mexicana desde 1982 y, como se sabe, año con año los salarios han ido acumulando pérdidas. Para 1988 el salario mínimo había

perdido la mitad del poder adquisitivo que tenía en 1981; *b*) el agotamiento de la dinámica generadora de empleos, y *c*) el efecto combinado de una política salarial represiva que veía en el menor costo de la mano de obra un importante factor de competitividad internacional y de control del proceso inflacionario. El resultado neto de este proceso concentrador se sintetiza en dos tendencias paralelas: la persistente caída de los salarios reales y el débil comportamiento del empleo, agudizado por el aumento de la ocupación con características de informalidad y de empleos sin ningún tipo de organización o afiliación sindical.

Cualquiera que sea el indicador que se tome para medir el comportamiento de los gastos sociales —tasa de crecimiento, como por ciento del PIB, en términos per cápita, contra el gasto total o el programable— los promedios y tendencias son ampliamente negativos. Los gastos en seguridad social, que podían haber jugado un papel compensatorio ante las graves condiciones recesivas, también ingresaron al cabús estabilizador.

Como se observa en el cuadro 8, si a la masa salarial se le agrega el porcentaje del PIB que se destina a gasto social la participación del asalariado en el producto se reduce aún más (casi 12 puntos porcentuales). El resultado global de esta reducción han sido un deterioro creciente de las condiciones de salud, educación y alimentación de cada vez mayores grupos de la población.¹¹

La subordinación casi absoluta de la política social a los intentos por reestructurar las bases del crecimiento económico ha provocado una mayor desigualdad que parece estar asociada a la nueva forma de crecer de la economía y a su nueva inserción en el mercado internacional. Se trata, entonces, de una etapa que en lo social se caracteriza principalmente por un más bajo nivel de vida, lo que rompe con las tendencias que durante por lo menos cuatro décadas se sostuvieron, aunque con afectos desiguales según grupos y regiones.¹²

Tal rompimiento se está expresando en el estancamiento de ciertos índices de salud y en la involución de otros, como en el consumo y educación básica. Sin embargo, en algunos rubros como los de vivienda se dan mejorías para algunos grupos sociales.

¹¹ Algunos indicadores sobre medición directa para evaluar la satisfacción de necesidades en forma específica señalan reducciones en los consumos de leche y sus derivados, carne y huevo que los sitúan en niveles no conocidos en 15 años.

¹² Véase R. Carrasco y E. Provencio, *op. cit.*

CUADRO 8. *Masa de salarios y gasto social como porcentaje del PIB 1981-1988*¹

	1981-1982	1983-1984	1985-1986	1987-1988
Masa de salarios/PIB	36.7	28.5	27.6	26.8
Gasto social/PIB	7.6	5.9	5.4	5.6
Remuneraciones más gasto social/PIB	44.3	34.4	33.0	32.4

¹ El dato para 1987 es preliminar y para 1988 es estimado.

FUENTE: R. Carrasco y E. Provencio, "La política social en 1983-1988 y sus principales consecuencias", *Investigación Económica*, núm. 184, abril-junio, México, 1988.

Este panorama productivo y social permite establecer que el país ha ido acumulando una gran factura tanto en términos productivos como sociales. Debe destacarse que la "deuda de desarrollo" es resultado de un proceso de largo plazo que se asocia con las insuficiencias productivas y distributivas generadas en el periodo 1940-1980, no obstante el impresionante crecimiento económico experimentado (promedio superior al 6%). Sobre estas insuficiencias se monta el carácter regresivo del proceso de ajuste observado por la economía mexicana durante la presente década.

El modelo de comportamiento adoptado significó que aun en la fase de crecimiento económico no se logró generar la cantidad requerida de puestos de trabajo ni elevar sustancialmente los niveles de ingreso de los grupos poblacionales en condiciones de pobreza. Esta situación simplemente se potenció durante el periodo recesivo 1982-1988.

La situación actual de las condiciones productivas y sociales exige acciones inmediatas para iniciar un proceso de amortización de esta "deuda de desarrollo". Ello refuerza la necesidad impostergable de emprender, a la par de la contención inflacionaria y el control de los equilibrios financiero y externo, un crecimiento equitativo y distributivo como fórmula de respuesta a esta deuda con la sociedad mexicana.

II. HACIA EL FUTURO

En el futuro inmediato, y al calor del éxito antinflacionario obtenido

por la instrumentación del PSE, se ha planteado que la economía mexicana puede transitar de una situación de estanflación con grandes deterioros en el bienestar popular, a otra donde se logre la estabilización de precios, la recuperación del crecimiento en forma sostenida y evitar una mayor erosión de los niveles de vida de la población mexicana.

Aunque el nuevo Programa para la Estabilidad y el Crecimiento (PECE), no es una repetición de la estrategia antinflacionaria de 1988, es importante ubicarlo en una senda de continuidad con lo realizado en ese año. Ello es importante por que el PECE recupera tanto los saldos positivos como los costos de la estrategia macroeconómica anterior.

La reducción en la dinámica de los precios del umbral hiperinflacionario de 160% en 1987 a 51% en 1988, extendió pasivos para el año de 1989. Los deterioros que la estrategia antinflacionaria asumió, se resumen en: *a*) una reducción salarial de alrededor de 12% (para los mínimos) que adicionada a la de los cinco años anteriores genera una situación complicada en términos de la concertación político-social. Esta situación reduce los márgenes de maniobra en materia salarial de la nueva estrategia estabilizadora; *b*) el sector externo de la economía experimentó un importante deterioro en sus resultados comerciales y de cuenta corriente. El más importante de ellos es la reaparición en los últimos meses de 1988, de un importante déficit comercial y un significativo déficit en cuenta corriente superior a los tres mil millones de dólares. Esto fue resultado de una combinación de las políticas comercial y cambiaria (así como de una desfavorable combinación de aumentos en las tasas internacionales de interés y descensos en el precio del petróleo) que actuaron atendiendo prioritariamente el objetivo antinflacionario. Hubo, entonces, necesidad de recurrir a un debilitamiento en el sector externo, sacrificando el superávit comercial y el acervo de divisas en más de nueve mil millones de dólares.

Básicamente, el programa económico para 1989 y hacia adelante sigue determinado por el rumbo y los tiempos en que se inicie una renegociación diferente de la deuda. El triángulo que se ha conformado alrededor de la deuda, la estabilidad y el crecimiento es tal que, a diferencia de 1988 cuando no hubo conflicto entre la estabilización y el pago de la deuda, para 1989 existe una "crisis de estabilización", como la ha llamado R. Dornbusch, y un conflicto agudo entre utilizar los recursos para la estabilidad y el crecimiento o usarlos para los pagos del servicio externo. La situación es tan complicada en este corto

plazo, que aun dejando de pagar la economía no tiene asegurada la senda de la estabilidad con crecimiento. Se requiere necesariamente de recursos frescos y al mismo tiempo mantener los niveles de reservas existentes con el fin de crear un ambiente de confianza que propicie el resurgimiento de la inversión privada y del crecimiento como fórmula esencial para conservar lo alcanzado. En este contexto, pagar o no pagar casi se vuelve indiferente.

En la perspectiva de una negociación global con el objetivo de volver a crecer, un mayor endeudamiento no es incongruente; puede ser simplemente necesario e inevitable para retomar el crecimiento. Se requiere, eso sí, mirar el endeudamiento con otros ojos, etiquetar los recursos que lleguen y los liberados hacia la inversión productiva, lo que implica vincular la nueva deuda a los objetivos del desarrollo.

Hacia el largo plazo la ruta se antoja difícil y complicada. Aunque es imposible contestar puntualmente las preguntas principales y obligadas respecto al futuro inmediato, nos proponemos revisar algunos nudos centrales del crecimiento futuro a la luz de sus mutaciones recientes. No se trata, desde luego, de hacer un pronóstico detallado sino de esbozar una trama y trayectorias posibles a partir de lo que significa la propuesta oficial de crecer al doble de la población.

Para ello hemos optado por presentar y comentar algunas proyecciones realizadas recientemente. Todas ellas parecen coincidir en la previsión de un crecimiento económico mucho más lento que el experimentado históricamente por la economía mexicana (6%), pero dan cuenta de la magnitud del esfuerzo productivo y financiero que se tiene por delante.

La trayectoria perdida

Antes de revisar las distintas proyecciones queremos introducir un comentario sobre lo que hubiese significado mantener la trayectoria histórica de crecimiento, en términos de la producción total y per cápita. Este sencillo ejercicio tiene como propósito proporcionar un orden de magnitud sobre el esfuerzo de crecimiento que la economía mexicana tendría que realizar a partir de este año de 1989 para recuperar "la trayectoria perdida" hacia el año 2000.

Considerando la tasa histórica de crecimiento de 6.57% entre 1950 y 1980 (crecimiento anual promedio del PIB), la proyección de esta misma tendencia hacia el año 2000 (véase gráfica 1), proporciona un

PIB (a precios del setenta) de más de tres billones de pesos. Este sería hipóticamente el tamaño del PIB que se hubiese alcanzado de haberse mantenido la tasa histórica de crecimiento superior al 6% de 1981 a 1988 y proyectando después de 1989 esa misma tendencia hacia el año 2000.

Para medir el esfuerzo requerido —a partir de 1989— para alcanzar en el año 2000 el PIB real de la tendencia histórica, considerando el estancamiento productivo entre 1981 y 1988 (crecimiento inferior al 1% promedio anual), el país tendría que crecer a una tasa sostenida de 10.6% entre 1989 y el año 2000. Crecimiento que se visualiza a todas luces inalcanzable.

En la gráfica 1, se proyectó además cuál sería el PIB en el año 2000, considerando la propuesta oficial de crecer al doble de la población (3.5%). Si esta tasa se cumpliera de manera sostenida —de 1989 al año 2000— el producto alcanzaría en el año de la proyección la cifra de un billón 350 mil millones de pesos. La pérdida en términos de brecha de crecimiento resulta superior —comparado con el PIB de la trayectoria histórica— a un billón 650 mil millones de pesos.

CUADRO 9. *Trayectoria perdida I*
(pesos de 1970)

	1950	1980	1988	2000
a) PIB (millones de pesos)	124 779.4	841 854.5	1 400 608.5	3 005 635.8
TCAP (%)*	—	6.57	6.57 **	6.57 **
b) PIB (millones de pesos)	124 779.4	841 854.5	893 940.0	3 005 635.8
TCAP (%)*	—	6.57	0.75	10.63 **
c) PIB (millones de pesos)	124 779.4	841 854.5	893 940.0	1 350 804.7
TCAP (%)*	—	6.57	0.75	3.5 **

a) PIB extrapolando la tendencia histórica.

b) PIB considerando el esfuerzo requerido de crecimiento hacia el año 2000.

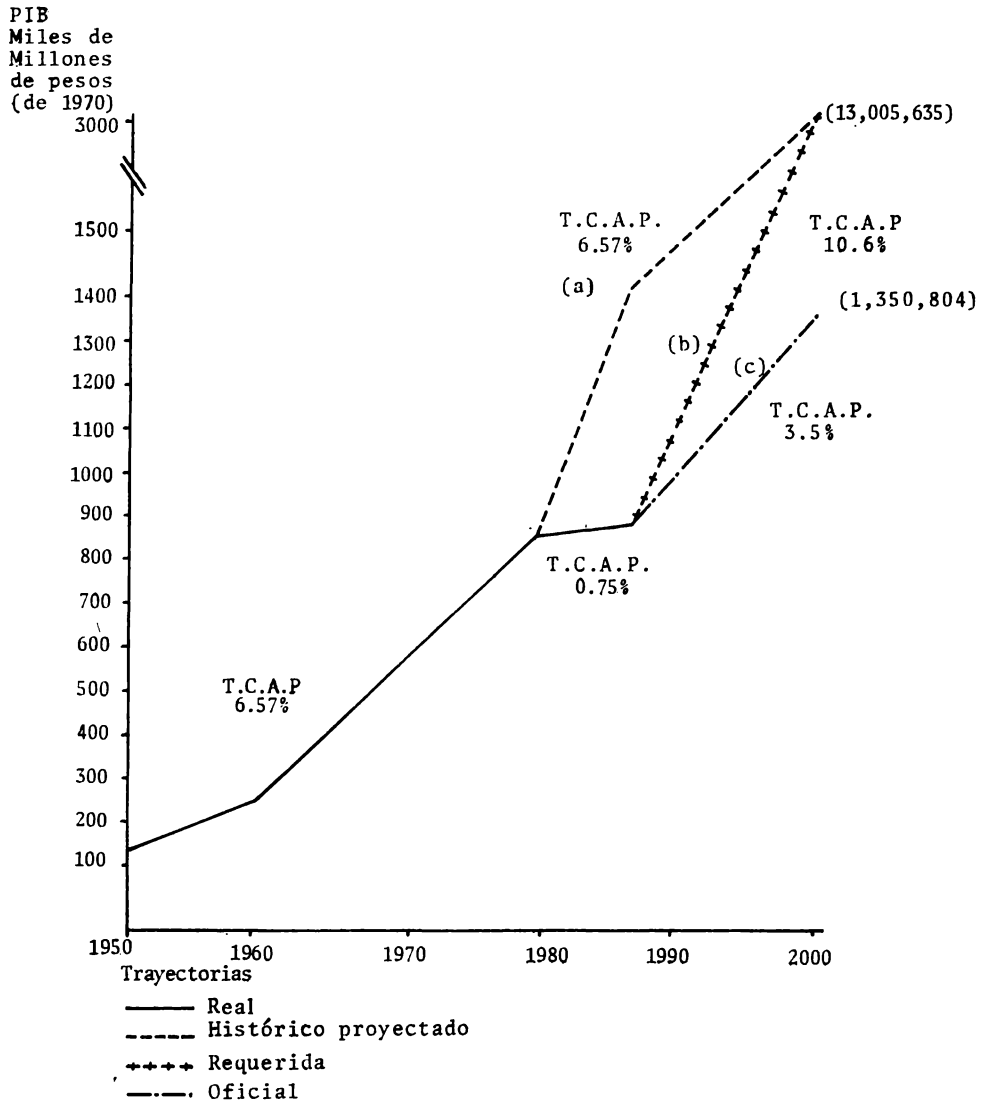
c) Evolución real del PIB proyectando la meta de crecer al doble de la tasa poblacional.

* Tasa de crecimiento anual promedio.

** Estimación de las tasas de crecimiento.

FUENTE: *Estadísticas históricas*, tomo I y II, SPP, México 1976, e *Indicadores económicos*, Banco de México, varios años.

GRÁFICA 1. *La trayectoria perdida I*



Elaborado con base en los datos del cuadro 9.

CUADRO 10. *Trayectoria perdida II*
(pesos de 1970)

	1950	1980	1988	2000
a) PIB/Pob.	4 838	12 131	15 499	22 387
TCAP (%)*	—	3.11	3.11 ¹	3.11 ¹
b) PIB/Pob.	4 838	12 131	10 706	22 387
TCAP (%)*	—	3.11	—1.55	6.34 ¹
c) PIB/Pob.	4 838	12 131	10 706	13 557
TCAP (%)*	—	3.11	—1.55	2.0 ¹

a) PIB/Pob. proyectando la tendencia histórica.

b) PIB/Pob. considerando el esfuerzo de crecimiento requerido para alcanzar en el año 2000 la trayectoria perdida.

c) PIB/Pob. proyectando la meta de crecer al doble de la población.

* Tasa de crecimiento anual promedio.

¹ Estimación de las tasas de crecimiento.

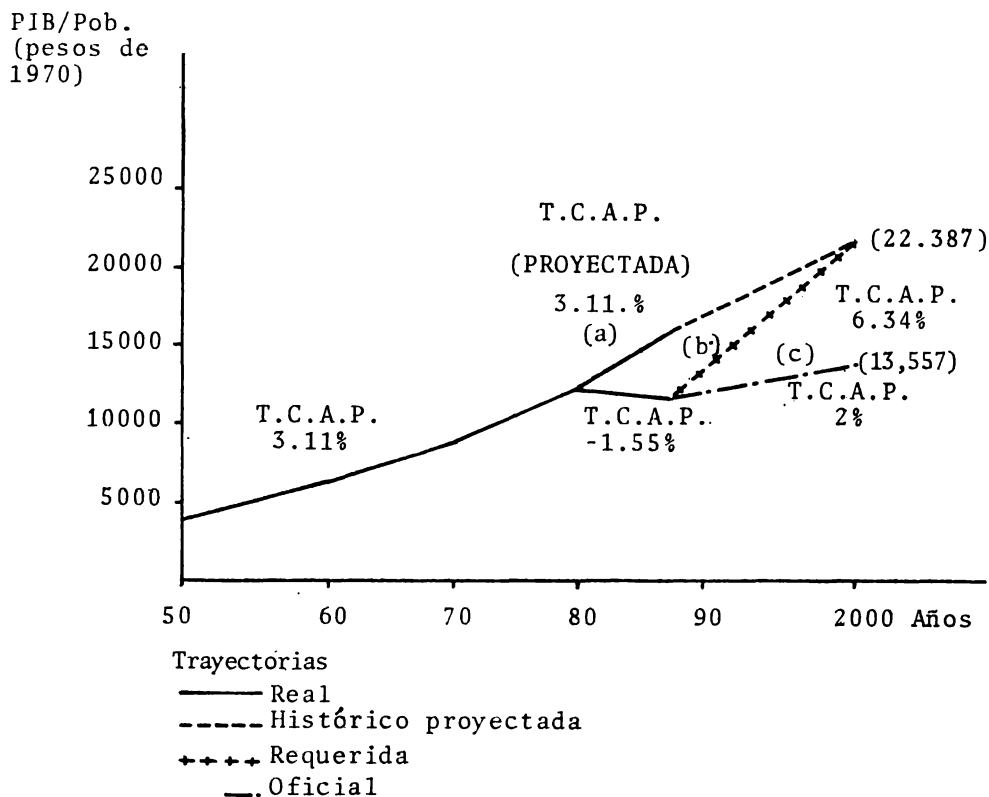
FUENTE: *Estadísticas históricas*, tomo I y II, SPP, México 1976, e *Indicadores económicos del Banco de México*, varios años.

Haciendo exactamente el mismo ejercicio, sólo que en este caso utilizando el PIB por habitante, se pueden definir las mismas tres trayectorias que en el caso anterior: proyectando la tendencia existente entre 1950 y 1980 hacia el año 2000, el resultado obtenido indica un producto de 22 387 pesos, que sería el PIB por persona que se obtendría de haberse sostenido la tendencia histórica entre 1981 y 1988, y proyectándola hacia el año 2000.

Considerando la pérdida de crecimiento que se dio entre 1981 y 1988 (—1.5% promedio anual), que situó al PIB per cápita de 1988 en sólo 10 706 pesos —por debajo incluso al de 1980— el esfuerzo productivo que habría que realizar para alcanzar en el año 2000 los 22 387 pesos de la trayectoria histórica, implican una tasa de crecimiento sostenida de 6.3% entre 1989 y el año 2000 (véase gráfica 2); crecimiento nunca antes experimentado por la economía mexicana en ningún periodo. También se incluye una proyección adicional, contemplando un crecimiento del PIB per cápita del 2% (como el de la meta oficial). Considerando el nivel existente en 1988 (10 706 pesos), para el año 2000 —de sostenerse el crecimiento proyectado— el PIB

per cápita apenas habrá alcanzado la cifra de 13 557 pesos, monto muy inferior al esperado en la trayectoria histórica e incluso por debajo del que se hubiese alcanzado en 1988 de no haberse interrumpido la dinámica que se venía sosteniendo (véase cuadro 10).

GRÁFICA 2. *Trayectoria perdida II*



Elaborado con base en los datos del cuadro 10.

Las proyecciones de lo posible

Las tres visiones que se utilizan —y se confrontan— aunque compar- ten la meta de crecer al doble de la población, no ponen el mismo

énfasis en las variables claves. En la que denominamos la “proyección oficial”;¹³ el acento está puesto en el incremento en la productividad de los factores como elemento motor del bienestar y el crecimiento; en las proyecciones de Clemente Ruiz Durán el eje se sitúa en el problema del financiamiento para el desarrollo y la recuperación de los niveles de bienestar perdidos, y en la de Hernández Laos y Parás Fernández se pone énfasis en la distribución del ingreso y la satisfacción de las necesidades básicas.

A la pregunta de si se podrá crecer al doble de la población y seguir sirviendo la deuda externa, los resultados de la primera proyección “oficial” sugieren que es posible, siempre y cuando se logre un alivio temporal muy significativo, durante seis o siete años, en las transferencias de recursos al exterior. Si esto no se logra, entonces las perspectivas parecen ser muy desfavorables. En esta perspectiva se introduce con fuerza la idea de que la evolución de la productividad puede desempeñar un papel tan importante como el de las cantidades de los factores utilizados en la producción en la determinación del crecimiento del producto.

Para estimar los requerimientos futuros de inversión para alcanzar la tasa de crecimiento deseada del producto, se calculó una relación que permite proyectar el comportamiento de la productividad (aunque en el trabajo de referencia se insiste que en este punto la teoría está muy poco desarrollada).

La trayectoria que del PIB se propone es el doble del crecimiento de la población (casi 4%) en promedio, en el periodo 1989-1994. Se supone una trayectoria gradual que alcanza un 5% sostenido a partir de 1994 hasta el año dos mil.

Para alcanzar esas tasas, el país requiere recuperar los coeficientes de inversión observados a principios de los años setenta (21.5% del PIB). El consumo es una variable de carácter residual en esta proyección, y se estima que aumentará en términos per cápita como resultado de la liberalización de recursos y de los que se consigan en el exterior. Al respecto, el texto señala lo siguiente: “parte de los recursos externos se reflejarán en el consumo, aun cuando el financiamiento externo esté etiquetado para la inversión. Al gastarse internamente dichos recursos, aumentará la disponibilidad de los mismos en la economía para

¹³ Secretaría de Programación y Presupuesto. Documento base de proyecciones hacia el año 2000.

alguien, a través de las propensiones a consumir se incrementará el consumo" (SPP, documento base de proyecciones hacia el año 2000).

CUADRO 11

<i>Periodo</i>	<i>Ingreso (% anual)</i>	<i>Inversión/ingreso (%)</i>
1971-1976	6.0	21.4
1977-1982	6.1	22.9
1983-1988	—0.2	16.7
1989-1991	2.8	18.7
1992-1994	4.5	21.2
1995-1997	5.0	21.8
1998-2000	5.0	21.5

FUENTE: *Data Book*, SPP, México, 1989.

Aunque el ahorro externo va a jugar un papel importante, será el ahorro interno el apoyo básico a la acumulación y el crecimiento. Se estima que el ahorro interno crece cuando el producto aumenta más rápido que la población. Esta es una condición para recuperar a mediano plazo la tasa de ahorro privado, sobre todo tomando en cuenta los bajos niveles de consumo per cápita.

En este escenario se ilustra la viabilidad de la economía para crecer a tasas compatibles con un aumento anual del empleo de alrededor del 4%, lo que implicaría la posibilidad de absorber la tasa de crecimiento de la PEA que se estima del 2.5% por lo menos a lo largo de los próximos seis años. De hecho, el modelo utilizado es congruente con un crecimiento del PIB de 5% anual a partir de 1994 y un crecimiento de la población empleada del 4.4% a partir de 1997. En las proyecciones el ritmo de creación de empleos sería superior al de la PEA, a partir de 1991, lo que implicaría absorber la deuda de empleo generada en años anteriores.

Los salarios reales empezarían a recuperarse gradualmente en 1990,

después de una ligera caída de 1% en 1989. El crecimiento real de los salarios es compatible con las metas de crecimiento del PIB supuestas; un incremento de 0.6% por año, lo que evidentemente no recupera la pérdida registrada en los años de recesión.

La condición básica sigue siendo que en los próximos años el exterior deberá absorber una menor transferencia de México al resto del mundo. Sólo así se podrá aumentar el ahorro externo para que su magnitud permita reanudar el servicio de la deuda en condiciones normales después de 1995, sin reducir la tasa de crecimiento del PIB. Si no se otorga este respiro, el producto no sólo seguirá estancado, sino que la reducción del PIB per cápita provocará la disminución del ahorro interno, con lo que la economía entraría en un círculo de recesión-disminución del ahorro-disminución de la inversión-recesión-imposibilidad de pagos externos.

CUADRO 12

<i>Periodo</i>	<i>Consumo/ ingreso</i>	<i>I/Y</i>	<i>(X-M)/Y</i>	<i>Total</i>
1971-1976	78.1	21.4	0.5	100.0
1977-1982	76.5	22.9	0.6	100.0
1983-1988	73.7	16.7	9.6	100.0
1989-1991	75.5	15.8	6.0	100.0
1992-1994	74.8	21.2	4.1	100.0
1995-1997	72.6	21.8	5.6	100.0
1998-2000	70.0	21.4	8.4	100.0

FUENTE: *Data Book*, SPP, México, 1989.

Hay que señalar que esta proyección considera de manera artificial y *ad hoc*, los cambios en la productividad de los factores y una tecnología con coeficientes variables. Respecto a los primeros se dice que el crecimiento de la productividad es un determinante del crecimiento al menos tan importante como el uso —la cantidad— de los factores. Respecto a lo segundo esta proyección considera que los datos correspondientes a la economía mexicana no son compatibles con la existencia de coeficientes constantes de producción.

Como se desprende de los datos se trata fundamentalmente de una proyección de equilibrio macroeconómico, donde lo relevante radica en: *a*) darle viabilidad a un crecimiento económico del doble de la población. A partir de reducir la transferencia externa bruta de 9.6% del PIB (1983-1988), a un 6% en el periodo 1989-1991, y a 4% para el periodo 1992-1994;¹⁴ *b*) se proyecta una recuperación de la formación de capital y del incremento en la tasa de creación de empleos, compatible con la demanda por trabajo (en términos de la PEA), y con el balance externo; *c*) el crecimiento se sustenta fundamentalmente en el crecimiento del ahorro interno, que tendrá que aumentar a medida que el PIB crezca por encima de la población, y *d*) la recuperación del bienestar no se visualiza a partir de una recuperación salarial, por ejemplo, a los niveles existentes a principios de los ochenta, lo que implica aumentos salariales relacionados con el incremento de la productividad del trabajo. En esta visión será primordialmente el aumento en el empleo el que impulse los incrementos en el consumo.

Por desgracia en esta proyección no se explicitan los mecanismos a través de los cuales se tenderá a un mayor incremento de los niveles de productividad, ni las formas en que ésta se distribuiría entre los diferentes grupos sociales. Aunque se considera implícitamente una elevación de la elasticidad producto del empleo, tampoco se señala cómo se logrará este avance.

Clemente Ruiz Durán trata de determinar cuántos recursos adicionales se requieren para reiniciar el crecimiento y empezar a elevar los niveles de vida. En torno a la definición sobre el monto de recursos necesarios para poder crecer, se toma como base que el país decide que su objetivo básico es modelar el crecimiento de acuerdo con la recuperación de los niveles de bienestar, decidiendo en consecuencia que la variable fundamental de proyección será el aumento del consumo privado por habitante, ajustándose las demás variables a esta situación.

El periodo de proyección considerado es 1989-1994. De esta forma, si se supone un crecimiento anual del 2% en el consumo privado por

¹⁴ Los datos no coinciden con los recientes del discurso oficial porque se está hablando de transferencias brutas. Cuando al monto de 9.6% se resta los 3.5-4% de recursos que ingresaron del exterior, entonces queda la cifra manejada oficialmente, esto es, 5-6% del PIB. En la proyección que estamos considerando implícitamente se considera una entrada promedio de recursos de 2 a 2.5% del PIB, para el periodo 1989-1994, si es que se quiere que la transferencia neta se sitúe en alrededor de un 2.5% del PIB.

habitante, se necesitaría un crecimiento promedio de la inversión de aproximadamente 4%, lo que daría por consecuencia una expansión en el volumen de la producción del 4%. Bajo esta perspectiva el país requeriría de aproximadamente cinco mil millones de dólares adicionales¹⁵ por año para poder financiar este tipo de desarrollo.

Requerimientos de financiamiento externo adicional anual

Crecimiento anual de:

- Consumo privado por habitante, 2%
- Inversión total, 4%
- PIB, 4%
- Importaciones de mercancías, 7%

Requerimiento de financiamiento adicional (millones de dólares)
5 000 (Clemente Ruiz Durán, "Financiamiento al desarrollo en México", *mimeo.*, 1989).

Es importante mencionar que los recursos nuevos estimados en esta proyección se sitúan muy por debajo de los calculados en términos oficiales (42 mil millones de dólares adicionales). En esta proyección sólo se requerirían 30 mil millones de dólares para sostener un crecimiento del 4%. Tal parece que en la proyección oficial se plantea el mantenimiento del proceso de apertura comercial, lo que requerirá un monto adicional de casi 12 mil millones de dólares. A diferencia del escenario anterior, en éste el consumo per cápita habrá aumentado a finales de 1994 casi un 15%, lo que sólo es posible de alcanzar en un ambiente de incremento de la inversión con una negociación favorable de la deuda externa.

Con una preocupación más amplia en términos de la satisfacción de las necesidades sociales futuras, el trabajo de Hernández Laos y Parás Fernández introduce en la discusión la pregunta de cuál es la distribución del ingreso, la estructura productiva y los requerimientos globales de crecimiento para resolver en el año 2007 las carencias del gasto privado de consumo de la población mexicana.

Con base en el gasto privado en consumo de hogares de 1985, se compara el gasto real de diez deciles contra el gasto requerido, definido por la canasta normativa de satisfactores esenciales de la Copla-

¹⁵ Los recursos son adicionales a una reducción del servicio de la deuda externa (de 6% al 2.5% del PIB).

mar, excluyéndose en esta cuantificación los de consumo público (por la vía de transferencias y los subsidios) y los de bienes de inversión. De acuerdo con estas estimaciones, en 1985 el consumo básico de 50% de los hogares era deficitario, ya que en los primeros cinco deciles el gasto en consumo real habría sido insuficiente para cubrir las necesidades esenciales. A partir del sexto decil el gasto en consumo es superior al normativo.

Según esta investigación el problema de la insatisfacción de las necesidades básicas de gran parte de la población radica más en cómo se distribuyen los satisfactores entre los hogares que en una insuficiencia absoluta de bienes y servicios. La conclusión es que la distribución del consumo entre los hogares depende, en buena medida, de la forma en como éstos participan en el ingreso nacional. Sin embargo, al registrarse procesos de polarización en la concentración del poder de compra de bienes y servicios, se establece el perfil de la demanda efectiva, lo que a su vez determina y configura la estructura de la oferta de bienes y servicios en el mercado. Esta situación explica por qué la actual estructura de producción no es la más adecuada para la satisfacción de las necesidades de amplios grupos de la población.

CUADRO 13. *Gasto privado en consumo de hogares, 1985*
(miles de millones de pesos de 1980)

<i>Deciles de hogares</i>	<i>Normativa (a)</i>	<i>Real (b)</i>	<i>b/o (%)</i>
1	155.3	49.7	32.0
2	181.5	93.5	51.5
3	193.3	125.7	65.0
4	210.7	157.8	74.9
5	209.2	190.0	90.8
6	213.9	233.9	109.4
7	221.0	289.4	131.0
8	232.3	368.3	158.5
9	231.1	494.0	213.8
10	244.2	920.8	377.1
Total	2 092.5	2 923.1	139.7

FUENTE: E. Hernández Laos y M. Parás Fernández, "México en la primera década de siglo XXI. Las necesidades sociales futuras", *Comercio Exterior*, vol. 38, núm. 11, México, noviembre de 1988.

Considerando estos desequilibrios en el consumo, se proyecta una población nacional de 110 millones de personas para el año de la proyección. Se trata fundamentalmente de adquirir estos satisfactores por la vía mercantil o por autoproducción. Existe todo un vector de demanda social, como la educación, la vivienda, etcétera, que se cubriría por la acción gubernamental de seguridad social. El requisito material para que toda la población satisfaga sus necesidades esenciales de bienes y servicios adquiridos por la vía mercantil y la autoproducción radica en que los hogares de menores recursos tengan acceso a un consumo al menos igual al consumo normativo y el de los demás deciles igual o mayor al correspondiente gasto normativo. Esto dependerá básicamente de la cuantía de ingreso disponible de los hogares y de cómo se distribuye entre éstos.

Partiendo de estas consideraciones, la proyección incluye tres hipótesis distintas de distribución del ingreso. Se trata de saber qué estructura productiva y qué esfuerzo de crecimiento se requiere para en el año 2007 cumplir con el propósito anterior:

a) Hipótesis I. Suponiendo que para el año 2007 se registra una distribución del ingreso entre los hogares mexicanos idéntica a la de 1985 (véase cuadro 14).

CUADRO 14. *Tasas implícitas de crecimiento medio anual, 1985-2007*

	<i>Hipótesis</i> I	<i>Hipótesis</i> II	<i>Hipótesis</i> III
Demanda intermedia	8.0	4.4	2.1
Demanda final	7.3	3.8	1.6
Consumo (privado y de gobierno)	7.3	4.1	1.9
FBKF *	10.4	6.2	3.9
Variación de existencias	n.d.	n.d.	n.d.
Valor bruto de la producción	7.6	4.0	1.8

* Formación bruta de capital fijo.

FUENTE: *op. cit.*

b) Hipótesis II. Suponiendo que la distribución del ingreso fuese similar a la registrada (después de impuestos), en el Reino Unido en los sesenta y,

c) Hipótesis III. Si la distribución del ingreso fuese parecida a la de los países socialistas también en la década del sesenta.

Haciendo uso del modelo de insumo producto, el cual refleja la estructura de relaciones interindustriales y de precios relativos prevalecientes en 1980, resultan evidentes las limitaciones metodológicas en un horizonte tan amplio donde, sin duda, los procesos de transformación industrial y de precios relativos de la economía modificarían en mucho las proyecciones que se hacen. Sin embargo, y pese a tales limitaciones, consideramos que las proyecciones son ilustrativas de la magnitud del esfuerzo económico requerido, según las hipótesis de la distribución propuestas.

De mantenerse la situación distributiva de 1985, el crecimiento de la demanda intermedia y el de la demanda final tendrían que alcanzar tasas de crecimiento parecidas a las históricas (8.0 y 7.3% respectivamente en promedio, entre 1985-2007) y la formación bruta de capital fijo tendría que experimentar un crecimiento promedio en el periodo de 10.4%. Ello implica un esfuerzo productivo semejante en muchos aspectos al experimentado en México en los años de rápido crecimiento. Incluso el esfuerzo global de crecimiento económico tendría que estar por encima de ese promedio (7.4% de crecimiento del PIB). Los esfuerzos sectoriales por rama en todos los casos tendrían que sostener tasas de crecimiento superiores al 5% (véase cuadro 15).

Resulta evidente lo costoso e improbable de este escenario, dada la cantidad de recursos internos y externos que la economía mexicana necesitaría, para llegar a un mejor nivel de bienestar con la distribución del ingreso prevaleciente en 1985. Adicionalmente, la estructura productiva que se generaría estaría orientada a satisfacer de manera monstruosa las demandas de los consumidores de mayores ingresos.

La hipótesis (II) impondría requerimientos sectoriales de producción menos espectaculares. La producción global tendría que crecer a tasas de alrededor del 4%, situación ampliamente compatible con la proyección oficial. Las demandas intermedia y final tendrían que crecer en forma sostenida 4.4% y 3.8% respectivamente a lo largo del periodo y la formación bruta de capital fijo, a una tasa de 6.2%, inferior a la del escenario (I), pero por encima de las estimaciones pro-

yectadas por los dos trabajos anteriormente mencionados. En este escenario, la producción agropecuaria deberá crecer 2.6%, ligeramente por arriba del crecimiento poblacional. La estructura productiva se tendría que haber sesgado hacia las manufacturas, la industria de la construcción, las comunicaciones y transportes y la prestación de servicios financieros y alquiler de inmuebles.

CUADRO 15. *Estructura productiva y esfuerzo de crecimiento requeridos entre 1985 y el año 2007*

Sector	1985	Hipótesis I		Hipótesis II		Hipótesis III	
	PIB (Estruct. %)	PIB (Estruct.)	Crec. %	PIB (Estruct.)	Crec. %	PIB (Estruct.)	Crec. %
Agri. Gan. y pesca	8.6	5.7	5.4	6.4	2.5	6.9	0.7
Minería	3.8	4.0	7.7	3.9	4.0	3.8	1.8
Manufacturas	21.8	23.7	7.8	22.9	4.2	21.9	1.8
Construcción	5.5	9.9	10.3	8.4	6.0	9.0	4.0
Electricidad	1.3	1.1	6.4	1.2	3.4	1.3	1.6
Com. Rest. hoteles	27.3	23.6	6.7	22.7	3.1	20.6	0.4
Comuni. y Trans.	6.4	6.4	7.5	7.1	4.5	7.7	2.7
Sec. Fin. y bienes inmuebles	10.1	11.9	8.2	12.8	5.1	13.7	3.2
Serv. Soc. y Per.	15.2	13.8	7.0	14.5	3.7	15.2	1.7
Tot. ramas y Crec. global	100	100	7.42	100	3.96	100	1.75

FUENTE: A partir del cuadro 5. de F. Hernández Laos y M. Fernández, "México en la primera década del siglo XXI. Las necesidades sociales futuras", *Comercio Exterior*, vol. 36, México, noviembre de 1988.

Como se observa, con una mejor distribución del ingreso el esfuerzo productivo, la necesidad de recursos disminuye de manera impresionante. Casi en la mitad que en el escenario anterior.

Por último, el escenario (III), que supone una distribución del ingreso más igualitaria, requeriría sólo de un crecimiento promedio de

la producción total cercano al 2%, lo que implica una tasa de crecimiento de la inversión a un nivel semejante. En términos de la estructura productiva se requerirían incrementos sectoriales de la producción muy modestos. Sólo algunas manufacturas, la construcción y el alquiler de bienes inmuebles necesitarían tasas anuales superiores al 3%. Ello implica una estructura productiva transformada en favor de los bienes y servicios básicos en contra de los suntuarios. Es importante explicitar que una estrategia como ésta tendría que poner el acento casi en forma exclusiva en la redistribución del ingreso.

En razón de lo anterior se llega a la conclusión de que tanto el escenario (I) como el (III) resultan ampliamente improbables visto el futuro con ojos del presente. En el primer caso, la magnitud del esfuerzo productivo y la absorción de recursos que demanda mejorar las condiciones de los más pobres, no parecen cercanos a la realidad nacional. En tanto, el escenario (III) se antoja distante por el conjunto de transformaciones políticas, sociales y económicas, que implicaría un esfuerzo de dicha naturaleza. En cambio, lo que sí parece claro es que cualquier estrategia de largo plazo tiene que considerar en forma explícita la orientación sectorial del aparato productivo y la intensidad del crecimiento económico.

De acuerdo con sus autores, la estrategia (II) es la que conjuga mayores posibilidades de viabilidad, ya que incluye un crecimiento como el que se programa en la estrategia oficial con un cambio gradual del ingreso, sin generar un cambio abrupto en la estructura del país. Sin embargo, se puede aventurar que aun este escenario requiere de amplias modificaciones políticas y sociales para lograr una transformación en la distribución del ingreso y en la calidad y orientación del crecimiento. Por ejemplo, disminuir la polarización de los más ricos hacia los más pobres requiere de acciones profundas y estratégicas que alteren de manera significativa los altos ingresos provenientes de la propiedad.

III. LAS OTRAS DECISIONES

Sin haberse convertido en un proceso consistente, cuya magnitud y orientación sean clara y fácilmente identificables, la transición económica de México ha tomado cuerpo en los propios movimientos económicos y, sobre todo, tal vez en los proyectos y aspiraciones del Estado

e influyentes fuerzas sociales. Como dijimos, están cambiando las condiciones para la reinserción de la economía mexicana en el mundo a partir de un proceso internacional de profundas transformaciones tecnológicas y reajustes de grandes áreas geoeconómicas. Las propias formas de articulación entre la economía pública y la privada expresan nuevas complementariedades y contradicciones y las exigencias de la población sobre la economía crecen y se modifican con celeridad.

El proceso modernizador que ha experimentado la economía mexicana no ha sido capaz, sin embargo, de incorporar a amplios sectores de la población a los beneficios del desarrollo social. En vísperas de una nueva década, a los deterioros sociales y productivos de ayer se agregan los saldos recesivos del pasado inmediato.

Para avanzar en este complicado futuro se requiere una revaloración de la economía mixta, que incluye una nueva y dinámica inserción en la economía mundial, a la par que se procure una sociedad menos desigual. La tarea se antoja difícil a la luz de los datos y proyecciones presentados.

Sin duda, una primera gran decisión consiste en abandonar los reflejos del corto plazo que han condicionado el quehacer público a lo largo de la década que termina. Para México al igual que para la mayoría de los países América Latina, colocar como objetivo fundamental e inamovible la recuperación del crecimiento con un claro sentido social, más que una aspiración se convierte en una necesidad. Incluso para poder cumplir con el oneroso servicio que todavía impone la elevada deuda externa en nuestros países.

El nuevo tipo de crecimiento que se está fraguando no parece asociado a formas redistributivas que permitan tomar pronto las tendencias ascendentes que se venían observando en las condiciones de vida, sea como efecto directo de las determinantes productivas o por las consecuencias redistributivas de la política social.

A partir de lo anterior se hace más evidente la necesidad de una reestructuración de políticas para impulsar una mejoría de las condiciones sociales.

El reconocimiento de la necesidad de un cierto nivel de crecimiento para cubrir la elevada deuda social no sólo plantea metas factibles de lograr sino que también permite definir grupos y áreas de política para diseñar un plan de acción concertado para pagar la factura social existente. Este plan de acción debe concebirse en un conjunto en el que se apliquen simultánea y sistemáticamente un grupo de políticas

y acciones destinadas a inducir cambios en el comportamiento estructural de la economía, para revertir los factores que han determinado la continuidad de las condiciones de pobreza, a la par de aquellas medidas que permitan atenuarlas en el corto plazo.

Este conjunto de medidas orientadas a construir las bases para lograr un mayor y permanente desarrollo social se expresarían en la aplicación simultánea de diversas políticas en las siguientes áreas: la producción y generación de empleos, las relaciones consumo-inversión, la orientación del gasto social, la distribución del ingreso y la formación de capital productivo y humano.

El aumento de la inversión debe ser tal, que dinamice la generación de empleo productivo y asigne una alta prioridad a la competitividad internacional del aparato productivo. Para ello no es suficiente con el simple incremento de los acervos. Se requiere con mayor urgencia un mejor uso y productividad en las dotaciones de capital físico y humano. A este mejoramiento productivo debiera de responder también un aumento de la participación de los salarios en el producto, así como un incremento de la participación en el gasto social que llega a los grupos más pobres, con el imperativo de también dinamizar el mercado interno.

Dado que en cualquier alternativa que se plantee no será posible recuperar las tasas históricas de crecimiento, se requiere actuar sobre el contenido del mismo, mejorando su calidad. Se trata, en este contexto, de hacer y repartir más con un menor crecimiento económico. Ante ello se necesita una serie de reformas que abran la puerta a una renovación institucional, pero indudablemente se requiere de mayor audacia que en el pasado para acceder a lo que podría denominarse un nuevo estadio social que posibilite una etapa de expansión de largo plazo.

Esta coyuntura de redefiniciones políticas podría alentar la creación de instituciones que aseguren el bienestar social, para dotar de un marco más estable a la economía. Procesar un nuevo pacto social en términos de una sociedad del bienestar, implicaría darle un contenido diferente al proyecto de modernización que hoy se instrumenta desde el poder. Para lograrlo, es necesario una modernización institucional basado en lo social, lo que implica, como hemos visto en uno de los escenarios presentados, una readaptación de la estructura económica para satisfacer el logro de los compromisos adoptados.

Una sociedad del bienestar institucionalizada requeriría, en estos

términos, ampliar la atención hacia lo social superando la idea asistencial a los más pobres y marginados. Ello implica ver el recurso humano más que como un pasivo como el más importante activo del desarrollo. La educación y la capacitación, a partir de seguridades básicas en cuanto a la existencia, adquieren en esta perspectiva un significado especial.

Reanudar el crecimiento económico requiere superar dificultades inmediatas. La primera se refiere a la necesidad de asegurar una adecuada disponibilidad de divisas. Al respecto convendría apoyar el proceso de inversión necesario para reestructurar el aparato productivo haciéndolo más equilibrado y fomentar la organización empresarial para enfrentar en forma conjunta el costoso proceso de penetración de mercados externos y la constante innovación tecnológica que ello requiere.

En esta perspectiva, es imperativo poner en el centro de la discusión a la política industrial. A diferencia de lo que ha sucedido en los últimos años, en que el desarrollo industrial estuvo supeditado a la política y al ajuste macroeconómico, hacia adelante se necesita desplegar una política industrial con objetivos socialmente definidos y aceptados. Esto daría un nuevo matiz al proyecto modernizador que hoy se discute. En especial, resulta urgente superar la confusión entre política comercial (proteccionista o no) y política industrial. Es esta última la que debería marcar la pauta.

La reordenación productiva en marcha a nivel mundial cruza a la economía mexicana de diferentes maneras. El proceso de apertura comercial vivido en los últimos tiempos tendrá que ser un referente indispensable en la vida cotidiana futura. Es impensable la vuelta a los esquemas proteccionistas del desarrollo estabilizador; sin embargo, es igualmente inaceptable un aperturismo a ultranza. El contexto dentro del que tendrá que moverse la economía mexicana, tiene como fondo el comercio liberalizado, pero ello no quiere decir que todo se libéralice igual y al mismo tiempo, que no se mantenga el derecho de revisar esas decisiones cuando las condiciones así lo exijan.

En este contexto de redefinición de la economía mundial, se vuelve cada vez más necesario abordar con sistema la cuestión de las integraciones regionales, en particular la que se está conformando al norte de México. Ello no tiene que ser forzosamente desventajoso para el país. En la reestructuración capitalista en marcha se están viviendo grandes definiciones en términos geoeconómicos, sobre todo por la

cercanía de 1992, fecha en que se iniciará una nueva era, con el Mercado Común Europeo.

El riesgo que se corre es que regiones, grupos sociales y sectores económicos se están de hecho integrando a la economía norteamericana y si la sociedad y el gobierno no asumen esto como una expresión de un proceso mucho más profundo y vasto de corte histórico, lo que tendremos es una integración indeseada pero real que va a dar como resultado un país más polarizado y contrahecho. Bajo esta perspectiva, un acuerdo productivo de largo alcance —no patológico—entendible y entendido, no parece ser en esta situación el peor de los mundos posibles.

Cada vez resulta más claro que entender a la economía norteamericana y sus posibles estrategias futuras, es un ejercicio de necesaria supervivencia para América Latina y para México en particular.

En suma, y sin pretender agotar la agenda de las decisiones para el futuro, podemos adelantar tres grandes líneas de reflexión —y de acciones estratégicas— que forman una vertiente central del desarrollo que puede venir. Primero, se impone recuperar y actualizar el valor central que como objetivo y como causa del desarrollo tienen el bienestar y la seguridad colectivos. Ninguno de ellos será un propósito viable en México fuera de un contexto de políticas públicas comprometidas explícitamente con su logro. Tampoco parecen alcanzables, así sea por el lado de la satisfacción generalizada de necesidades elementales, de persistir la desigualdad en la distribución del ingreso y la riqueza que hoy imperan.

En segundo término, es preciso darle a la reestructuración productiva el carácter de objetivo social y político, cuyo logro implica tomar en cuenta las especificidades tecnológicas y de mercado que son propias de cada rama o sector de actividad. Sólo así podrá aspirarse a contar con un aparato productivo en condiciones de hacer frente al desafío externo y sustentar una evolución social satisfactoria. La disyuntiva no es, así, Estado o mercado, sino encontrar las distintas combinaciones y formas de organizar los factores productivos que redunden en mayor eficiencia e integración nacional del sistema económico. La política industrial, como dijimos, adquiere en esta dimensión una relevancia clara.

En tercer término, se ha vuelto indispensable —y urgente— abordar en positivo y con una visión de largo alcance, las variadas exigencias que nos presenta la mutación mundial, geoeconómica y geopolítica.

tica, en marcha. En particular, dado el curso de creciente vinculación con la economía norteamericana seguida por México, habría que poner atención especial a dos procesos cuyos ritmos pueden ser decisivos para el futuro económico nacional. En primer lugar, habría que inscribir en la reflexión sobre el porvenir la probabilidad de una recesión de la economía estadounidense. En segundo lugar, hacer más explícito el significado productivo y financiero, en plazos bien definidos, de los proyectos de libre comercio entre Estados Unidos y Canadá.

Ambos procesos, de naturaleza y duración distintas pero con implicaciones directas y profundas sobre México, nos llevan a su vez a incursionar en tres dimensiones del presente mexicano que este ensayo ha mantenido implícitas. Estas dimensiones son:

a) El estado de nuestras capacidades instaladas, su grado de obsolescencia, su disponibilidad efectiva para sostener un crecimiento en situación "de emergencia", es decir, en condiciones de falta creciente de divisas como resultado de una recesión aguda en Estados Unidos. Este plano de "acumulación histórica", que incluye recursos físicos, económicos y humanos, es decisivo en contingencias graves como la sugerida, y en nuestro caso lo es de cualquier forma habida cuenta de las complejidades de la negociación de la deuda y las dificultades previsibles provenientes del neomercantilismo que recorre la economía mundial. Constituye, para decirlo sumariamente, la plataforma de lanzamiento de cualquier proyecto de recuperación económica que aspire a durar.

b) El significado de la transición: la fase en que se encuentra. Frente a la eventualidad de una recesión en el norte, y más todavía en la perspectiva que abre la integración con Estados Unidos y Canadá, resulta urgente precisar la magnitud y la profundidad del cambio estructural operado en México. Si la capacidad de incremento en el plano exportador sigue ligada a un régimen de salarios a la baja (o estancados), a la recesión del mercado interno o a las decisiones estratégicas de unas cuantas firmas trasnacionales, entonces no puede plantearse con un mínimo optimismo que el país estará en condiciones de hacer frente a cambios bruscos y desfavorables de la demanda externa; tampoco de aprovechar creativamente las "aperturas" que en principio se le ofrecerían en un horizonte de mayor y mejor integración dirigida y decidida con el norte.

c) Los desafíos institucionales de una economía abierta. Parece claro que en materia comercial y de inversiones, la institucionalidad mexi-

cana es precaria e insuficiente. La negociación “afuera” y la inducción interna de conductas productivas congruentes con los objetivos de crecimiento en un marco “abierto” al exterior, suponen políticas y conductas estatales complejas y sofisticadas que no encuentran, ni pueden encontrar, un sustituto adecuado en el “mercado libre”. Un nuevo dirigismo estatal, bien cimentado en esquemas efectivos y durables de concertación y planeación, se pone en la orden del día como consecuencia y no como alternativa de la apertura externa y de la modernización interna que se busca. Esto se presenta como un desafío múltiple en el orden financiero. Los actores han emprendido ya el camino de la internacionalización, pero la estructura del sistema financiero nacional no parece estar adecuada a estas nuevas condiciones, lo que propicia que el elemento de “fuga” al exterior siga predominando en el horizonte de las decisiones de los inversionistas. Ello se agrava si se toma en cuenta que el poder del Gran Dinero se ha potenciado debido a su extremada liquidez y al alto grado de concentración producido por la crisis y la estrategia de ajuste.

Como se ve, la construcción del futuro mexicano pasa ya por el mundo, pero para serlo, construcción y futuro, implican un vasto esfuerzo interno de creación institucional y aprovechamiento de lo que existe.

CUADRO RESUMEN

112

"Oficial"	CRD				Necesidades básicas	
			TCAP			TCAP
	PIB	C	I	M		
PIB (TCAP) ((4-5%) <i>Inversión:</i> recuperación del coefi- ciente histórico de inversión.	4%	2%	4%	7%	<i>Hipótesis II</i>	
21-22%. (Implica tasas de creci- miento de la inversión de alrede- dor del 4%).	<i>Requerimientos financieros</i> <i>adicionales</i>				PIB	3.96
<i>Requerimientos externos</i>	30 000 a 42 000 (mill. de dlls.)				Demanda intermedia	4.4
— Reducir la transferencia ex- terna bruta de 9.6% a 5% como porcentaje del PIB entre 89 y 94.	— Horizonte 1989-1994.				Demanda final	3.8
— Horizonte 1989-2000.					Formación bruta de ca- pital fijo	4.1
					— Horizonte 1985-2007	

ROLANDO CORDERA Y ENRIQUE GONZÁLEZ TRIBURCIO

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Carrasco, R. y Provencio, E.: "La política social 1983-1988 y sus principales consecuencias", *Investigación Económica*, núm. 184, México, D. F., abril-junio de 1988.
- Concheiro, A. y Ponce, R.: "¿Dónde está México?", *Nexos*, núm. 132, México, D. F., diciembre de 1988.
- Cordera Campos, R.: "Frente a la crisis: revisión externa y creatividad institucional", *Investigación Económica*, núm. 139, México, D. F., octubre-diciembre de 1986.
- Cordera Campos, R. y González Tiburcio, E.: "Crisis y política económica: saldos productivos y sociales", mimeo, México, D. F., 1988.
- Garrido Celso (coord.): *Empresarios y Estado en América Latina*, CIDE-UAM-UNAM-Fundación Friedrich Ebert, México, D. F., 1988.
- González Tiburcio, F.: "Emplearse y desemplearse a fondo", *Nexo*, núm. 133, México, D. F., enero de 1989.
- Hernández Laos y Parás Fernández: "México en la primera década del siglo XXI: Las necesidades sociales futuras", *Comercio Exterior*, vol. 38, núm. 11, México, D. F., noviembre de 1988.
- ORT: "Ajuste con dimensión humana: caso México", mimeo, SPP-ORT-PNUD, México-1986-008. México, D. F., 1988.
- Ruiz Durán, C.: "La transición hacia un nuevo modelo de desarrollo", *Investigación Económica*, núm. 183, México, D. F., enero-marzo, 1988.
- , "Financiamiento al desarrollo en México y América Latina", mimeo., México, D. F., 1989.
- Secretaría de Programación y Presupuesto: *Anexo técnico sobre proyecciones financieras*, México, D. F., 1989.
- Trejo Reyes, S.: "La crisis de la deuda y el empleo en México: una perspectiva de largo plazo", *Comercio Exterior*, vol. 38, núm. 12, México, D. F., diciembre de 1988.
- Villarreal, René: México 2010. *De la industrialización tardía a la reestructuración industrial*. Ed. Diana, México, D. F., 1988.